

Inteligentes e incisivas, en estas memorias **Banine** narra su vida como exiliada azerí en el París de los 20

Ser una apátrida en Occidente

por **MARTA REBÓN**

En la década de 1920, París era un hervidero no sólo de artistas de todo el mundo, sino también de emigrantes del Este a consecuencia de la Revolución y la guerra civil rusa. La capital francesa acogió a decenas de miles de refugiados del imperio en descomposición, por ejemplo, de la región del Cáucaso, cuyas montañas separan Rusia de Georgia, Armenia y Azerbaiyán. Desde Bakú, la capital de esta efímera república musulmana, llegó a bordo del Orient Express una joven de 18 años a la ciudad de la luz.

Con humor y sin tremendismo, **Campbell** enhebra en estos relatos la cartografía humana del campo de EEUU

Vidas reales del rural americano

por **ALOMA RODRÍGUEZ**

Bonnie Jo Campbell (Michigan, 1960) dice que es, probablemente, la única beneficiaria de una beca Guggenheim que sabe cómo castrar a un cerdo. Muchos de sus personajes podrían hacerlo con sus manos. Lo haría una mujer con decisión y cierto cariño, le pediría perdón con los ojos justo antes. Puede que le salpicara un poco y que sólo se dieran cuenta cuando se enciende la luz esa tan molesta al abrir la puerta de la camioneta.

Dirty Works ha traducido varios libros de Campbell, el últi-

Era Umm-El-Banu Ásadullayeva, con inquietudes intelectuales y una formación «a la occidental». Atrás dejaba «cuatro años de revolución, terror y ruina», así como una inmensa riqueza familiar proveniente del negocio petrolero. En París se reencontraría con sus hermanas, prima, padre y madrastra, todos ellos víctimas «de la Historia que nos aplasta». La vida, que ahora debía reinventar, se le presentaba «como una cinta infinitamente larga que se perdía en las profundidades del futuro». A pesar de haber perdido el patrimonio material, la reciente tragedia significó para ellas la liberación como mujeres.

Los días de París, secuela de las memorias *Los días del Cáucaso*, publicadas en 1945 y que la consolidaron como escritora tras su paso como modelo por la alta costura, es un libro trepidante, inteligente e incisivo, un *bildungsroman* que narra la transformación de El-Banu en Banine, seudónimo artístico. En contraste con la mirada orientalista de los

mo en llegar ha sido su primer volumen de cuentos: *Mujeres y otros animales*, que reúne 16 piezas que trazan una especie de cartografía humana de un territorio: Michigan. En este libro hay una tigresa que se escapa durante un espectáculo de circo en el primer y deslumbrante cuento y hay vacas y terneros (una hija pregunta a su madre cómo se llama el ternero y la madre responde «Carne» en *Los huesos vuelven a casa*, la magistral pieza que cierra el volumen).

El abanico de las mujeres del título es más amplio: madres e hijas con evidentes problemas de comunicación. En uno de los cuentos, la madre y la hija se comunican a base de rimas. Hay una adolescente que quiere compartir con el mundo el don que le han dado: unos «globos sagrados, esos orbes celestiales, en torno a los cuales giraba ahora el resto de su cuerpo», unas tetas que desafían la ley de la gravedad. También chicas que



BANINE
LOS DÍAS DE PARÍS
Traducción de Susana Prieto.
Siruela. 268 páginas. 19,95 €
Ebook: 9,99 €



BONNIE JO CAMPBELL
MUJERES Y OTROS ANIMALES
Traducción de Tomás Cobos.
Dirty Works. 296 páginas. 24,55 €

occidentales, en esta obra es Occidente el lienzo sobre el que se proyectan sueños embriagadores. Familiarizados con las memorias y novelas de la emigración rusa, Banine nos sumerge en el «infierno helado de los apátridas» desde la perspectiva periférica de una azerí de corazón cosmopolita. «Cuando me dicen ‘vosotros los rusos’, se me hiela la sangre, que no tiene ni una gota de eslava». Confiesa sentirse cómoda en Occidente sin perder su esencia oriental. «Eso me separa de los rusos, tan específicamente ellos y nada más».

El deleite literario de la segunda parte de esta díloga trasciende de las vicisitudes de la autora, que rebosa una genuina ternura por el destino de sus compatriotas: antiguos príncipes, intelectuales, comerciantes, generales, jueces, que se han convertido en taxistas, empleados de almacén, cantantes de variedades o porteros, pero entrelazado con una mordaz ironía sobre las miserias humanas. **L**

han aprendido a disparar a los 10 años y que lloran en la boda de su hermana, o la tía Victoria, que guarda la comida bajo llave en la casa que comparte con los hijos de su novia muerta. O Charlotte, que tiene una granja, le han amputado una pierna, y nunca les ha contado a sus dos hijas que sus padres murieron en los campos de concentración. Y la protagonista de *El hombre más pequeño del mundo*, que sabe que «la belleza no es una virtud. La belleza es un hecho».

Por tremebundas que sean algunas historias de Campbell, el enfoque nunca es tremendista: hay una especie de dignidad en todos los personajes, que nunca se ven reducidos a su sufrimiento. El secreto de estos cuentos está en la manera en que dosifica la información: la va soltando como si nada, casi camuflada entre otros detalles, de manera que los retratos de los personajes son vivísimos. Además tiene sentido del humor y ni un gramo de sermón. **L**